

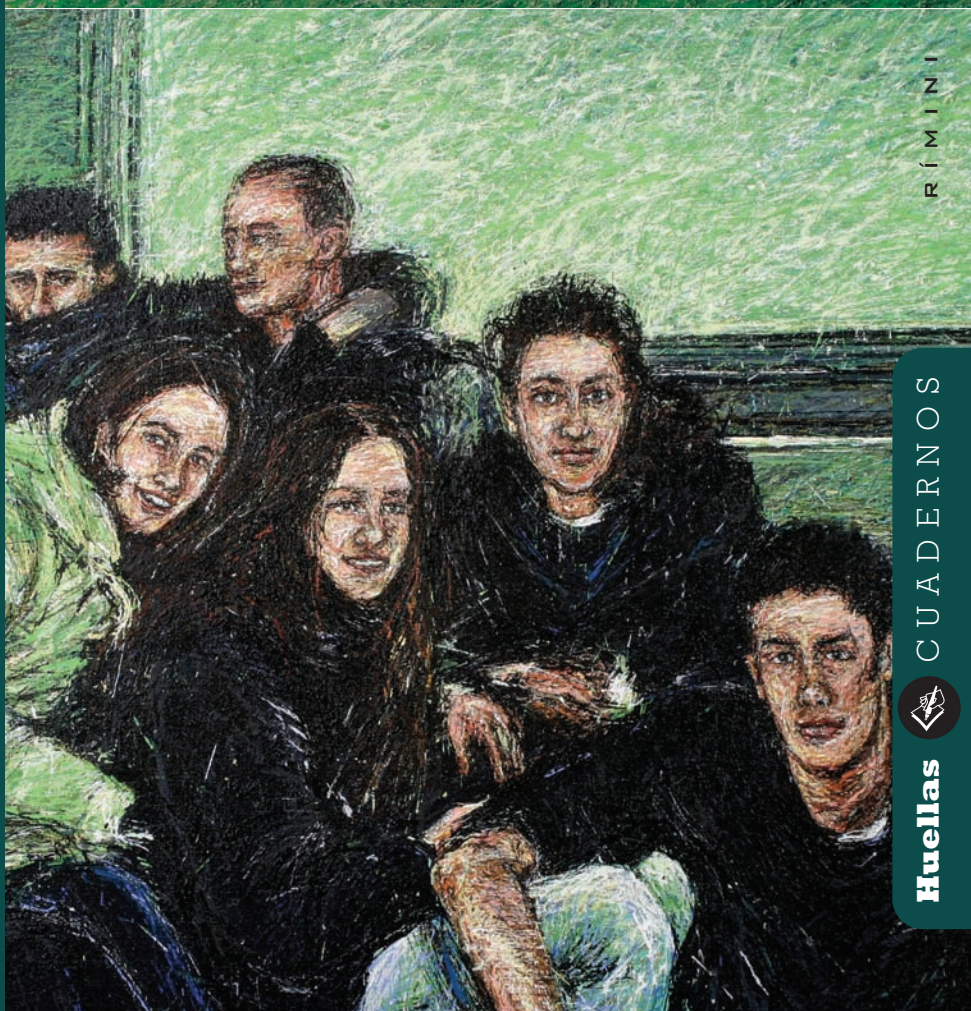
¿Qué buscáis?

Ejercicios de los universitarios
de **Comunión y Liberación**

2007

DICIEMBRE

RÍMINI



CUADERNOS



Huellas

¿QUÉ BUSCÁIS?

**Ejercicios de los universitarios
de Comunión y Liberación**

Rimini, 7-9 de diciembre de 2007

En portada: Marco Cirnigliaro, *Puerta, ventana, etcétera*, 2002.

INTRODUCCIÓN

Julían Carrón

«La tristeza que hay en mí, el amor que no hay tienen ya mil siglos. El dolor que te provocho, la fe que no tengo, tienen ya mil siglos». El grito surge de esta tristeza, de este miedo. La petición surge desde las entrañas de nuestro yo. «Repíteme aquella palabra que un día me dijiste y que me liberó»¹.

Cada uno de nosotros ha venido aquí, desde muy distintos lugares, movido por la urgencia que tiene en su corazón. Esto que tenemos en común y que nos hace una sola cosa, nos hace sentir como nuestra, como dicha a cada uno de nosotros la frase que hemos elegido como título de nuestro encuentro: «¿Qué buscáis?»². Cada uno de nosotros, sea cual sea su lugar de nacimiento, la circunstancia en que se desarrolla su vida, el punto del camino en el que está, siente esta pregunta como suya, con una intensidad profunda. Muchos de vosotros habéis experimentado esta intensidad cuando habéis escuchado que alguien os hacía esa pregunta.

«¿Qué buscáis?». En las muchas contribuciones que habéis enviado se aprecia que no hay uno solo que no haya sentido la urgencia de esta pregunta como algo que tenía que ver con su propia vida, con su propio yo. «Todos estamos agradecidos –lo habéis dicho muchos– de que alguien nos haya mirado a la cara y nos haya preguntado: “¿Qué buscáis?”». Esta pregunta os ha obligado a cada uno a ponerlos ante vosotros mismos, a reconocer como vuestra la urgencia que se expresaba en ella. Cada uno lo ha expresado a su manera. Alberto, por ejemplo, ha tratado de explicar detalladamente qué es lo que busca: «Busco algo que me permita

disfrutar de las clases, del estudio (ya sea solo o acompañado), algo que me haga vivir de forma verdadera, sincera y total las relaciones con los amigos más queridos, con los menos cercanos, con los compañeros de clase y con los profesores de la universidad. Busco algo que me haga libre, que permita que no me opriman las cosas, ya sean buenas o malas, que me haga libre para vivir su verdad, para gustar todo sin depender del resultado. Busco algo que cumpla la vida en este instante, sin necesidad de esperar a mañana. Busco una forma libre, verdadera y eterna de ser amado y de amar a las personas y las cosas. Busco un amigo que me acompañe cada día de mi vida, que esté siempre presente, que dé sentido, importancia, gusto y valor a la vida. Lo busco desde Aquel del que dependo en todo, desde Aquel que me conmueve hasta las lágrimas». ¿Cómo no reconocernos en lo que él busca? Esto es lo que todos buscamos. El hecho de que estemos aquí da testimonio de ello. Si tuviésemos que dar razones de nuestro estar aquí, no encontraríamos nada mejor que esto: el reconocimiento de que buscamos algo. En caso contrario sería irracional, no tendría sentido estar aquí. Nuestra presencia aquí es el testimonio de esta búsqueda en acto, es el indicador de que hemos tomado en serio nuestra exigencia y esta pregunta, que puede incluso darse en nosotros de forma confusa, porque muchas veces nos resulta misterioso lo que buscamos.

Mirad lo que dice el Papa en la encíclica recién publicada: «¿Qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la “vida”? [...] Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera “vida”, así debería ser»³. Deseamos por tanto que los momentos en los que experimentamos esta vida no terminen. «En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos “vida”, en verdad no lo es. Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad”. A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. “No sabemos pedir lo que

nos conviene”, reconoce con una expresión de san Pablo (*Rm* 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. “Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*)”, escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta “verdadera vida” y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia lo cual nos sentimos impulsados»⁴.

Es lo que dice de forma sintética Alessandro: «El título de estos Ejercicios me ha hecho reflexionar durante algún tiempo, pero el único paso que he conseguido dar es decir que lo que busco cada día es ser feliz». Esto es lo que buscamos, todos esperamos esto. Estamos aquí llenos de apertura, esperando poder marcharnos de aquí con una mayor claridad sobre lo que buscamos por haberlo experimentado, porque nos ha sucedido algo de lo que buscamos. Sabemos que es lo que buscábamos porque sucede. Pero hace falta una gran apertura y disposición para esperarlo y para reconocerlo cuando sucede, pues no sabemos en verdad de qué estamos hablando. Estar abiertos a todas las posibilidades: esta es la actitud verdadera del hombre, que coincide no con un sentimiento cualquiera, sino con la categoría de la posibilidad, característica suprema de la razón. No hay nada más razonable ante esta pregunta, ante esta espera –ya que no sabemos qué responde a ella y no somos nosotros la medida de lo que existe y de lo que puede suceder–, que estar abiertos según la categoría de la posibilidad. Sabemos que no es sencillo: hemos cantado «Soy viejo»⁵. No es sencillo estar abiertos, disponibles, porque somos “viejos”, el escepticismo comienza a hacer mella en nosotros y empezamos a aplicar nuestra medida. Cuando éramos niños teníamos la curiosidad completamente abierta; ahora, ¡cuántas veces sorprendemos en nosotros el decaimiento de esa apertura total! «Algunas mañanas, cuando me despierto y me asaltan estas cuestiones –dice Laura–, casi pienso que es mejor no tenerlas en cuenta, es mejor acallarlas, porque me obligan a tomar en serio mi vida. Mil veces caigo en este punto, es decir, prefiero escapar de esas cuestiones con la esperanza de que pasen pronto y todo se resuelva sin que yo sufra demasiado, esforzándome lo mínimo por encontrar una respuesta. ¡Qué lucha para no acallar la pregunta! Pero hay un problema: puedo pasar días enteros ignorando ciertas circunstancias, me he vuelto una experta en hacerlo, pero no puedo

acallar mi corazón, y esto es lo que me salva, lo que hace que esté viva todavía. Mi corazón grita, grita ahora más que nunca, que Él vuelva a reconquistarme, que encuentre otro camino, ante mis mil “noes” cotidianos, para alcanzarme. Y es sorprendente cómo puedo verificar esto cada día de forma discretísima. Es un signo evidente para mí del deseo que he experimentado ante estos Ejercicios, con un título que corresponde de forma increíble a lo que necesito: “¿Qué buscáis?”».

La lucha consiste en que no acallemos ni escondamos esta urgencia que nos asalta cada mañana. Es una tentación que está siempre al acecho. Por eso dice Francesco: «Me impresiona que alguien me ponga delante todavía esta pregunta: “Pero, ¿qué buscas?”. Esta pregunta es como un bofetón, porque es como decir: “¿Quién eres?”. ¿Qué respondes a esta pregunta? ¿Es suficiente con decir: “soy un estudiante universitario”? Falta algo. Decir quién soy significa decir qué es lo que colma mi necesidad. Y mi necesidad me resulta algo misterioso, es algo que no produzco yo, que no controlo, algo a lo que no respondo yo: es tan “inmenso” que no puedo dejar de reconocerlo como el signo de una dependencia estructural, como el signo de que estoy hecho de Algo distinto. Por eso nada que tenga otro origen o dimensión puede responder. Es tan inmensa mi necesidad que a veces tengo la tentación de dar una respuesta rápida».

Por este motivo, esta noche quisiera pedir os un favor: que os situéis con toda vuestra persona ante la inmensidad de la pregunta, ante el misterio de esta inmensidad, que dejéis espacio a esta pregunta. Como esta inmensidad nos produce vértigo, muchas veces damos una respuesta rápida para quedarnos en paz. ¡Qué difícil resulta mantenernos ante la inmensidad del misterio de lo que buscamos, no cerrar la herida rápidamente! Muchas veces nos contentamos con cualquier cosa, y cerramos así la herida. Nos parece que cualquier cosa puede responder, porque no nos hemos dado el tiempo necesario para permanecer ante la inmensidad de la pregunta. Cuántas veces nos sentimos desilusionados después. Si no nos damos el tiempo necesario para permanecer ante la verdadera dimensión de este misterio que somos nosotros mismos, nos adaptamos a cualquier respuesta. Pensamos que ya hemos comprendido, que sabemos ya qué es lo que buscamos, y nos engañamos.

La espera de la que he hablado es una tensión. «Voy a los Ejercicios con una tensión. Nunca he tenido tan claro lo que busco,

pero tengo una preocupación: esta presencia que busco más que cualquier otra cosa la siento como algo que me falta y no comprendo por qué. Es clara esta falta, pero no consigo explicar su razón. Me repiten continuamente que es signo de una Presencia que está». Lo que echas en falta es signo de una Presencia que está, que es más grande que nosotros y que abre continuamente nuestra búsqueda. Cecilia ha comprendido esto muy bien. ¿Por qué existe en nosotros todavía esta espera? Ella es signo de una Presencia que está.

Todos nosotros nos encontramos aquí hoy por una Presencia que está. Y puesto que existe esta Presencia, podemos mantenernos sin miedo ante la enormidad de la pregunta, abrazarla juntos, mirarla juntos, sosteniéndonos mutuamente. Mirar en silencio esta pregunta es como mirar el misterio más profundo de nuestro yo. Decir: «¿Qué buscáis?» equivale de hecho a decir, como decía nuestro amigo: «¿Quién eres?». Y cuanto más uno percibe la inmensidad de la pregunta, más se da cuenta también de su desproporción: al ser limitado, no es capaz de responder a tal exigencia de totalidad. Por eso no sentimos nada tan consonante con nuestra búsqueda, con la urgencia que percibimos, como esta pregunta.

«Cuando llegó la propuesta de los Ejercicios y me dijeron el título: «¿Qué buscáis?» sentí que algo cambiaba dentro de mí, como cuando uno tiene la posibilidad de preguntar; es como si despertara la pregunta dentro de nosotros». En este sentido somos compañeros de camino de muchos hombres que a lo largo de la historia han expresado su grito de distintas maneras, según el recorrido de su vida: ante un Misterio desconocido, pedían a Zeus que les concediera el milagro de un cambio; cuando vislumbraron una Presencia –como el pueblo de Israel–, pero todavía no conocían su rostro, gritaban como el profeta Isaías: «Que se abra la tierra y brote el Salvador»⁶. Nosotros, que hemos conocido y amado su Presencia, decimos e invocamos: «¡Ven, Señor Jesús!»⁷. Cada uno puede formular la pregunta que sienta más en consonancia con el momento de la vida que está viviendo, con el punto de la historia en el que se encuentra, siempre que esta espera, la inmensidad de esta espera, encuentre su expresión en la petición. La petición es la expresión de la urgencia de nuestro yo. Únicamente si pedimos podemos mantenernos ante la inmensidad de nuestra pregunta: es como si ella hubiese sido ya acogida por Aquel al que pedimos y del cual esperamos una respuesta.

8 de diciembre de 2007
Mañana

LECCIÓN

Julían Carrón

1. El desafío de la realidad

«Fijándose en Jesús que pasaba, dice: “Este es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús [no le conocían todavía]. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”»⁸. Aquellos dos se habían levantado esa mañana como cualquier otro día, pensando en las cosas habituales que tenían que hacer, y se encontraron delante de uno al que no conocían, uno que no tenía miedo de su pregunta, es más, que les obligaba a estar ante ella: «¿Qué buscáis?». Aquel hombre abrazaba por completo su humanidad.

Parece obvio, pero, ¿cuántas veces os habéis encontrado delante de alguien que se haya interesado por vuestra humanidad, que no haya pasado de vosotros, como es habitual, hablando de cosas banales? No hay que dar por supuesto que alguien se interese por nuestra vida hasta ese punto: que alguien se interese por mi vida, por mi destino, por lo que busco, por mi felicidad, es algo asombroso. Si uno hace una pregunta como la de Jesús no puede ser indiferente ante mi vida: no se espanta ante la inmensidad de mi pregunta humana, está dispuesto a abrazarla por entero. Pero, ¿quién eres Tú, que no tienes miedo de esta pregunta ilimitada? ¿Quién eres Tú, que la primera palabra que diriges a aquellos dos que te encuentras por el camino, y a los que no conoces todavía, es: «¿Qué buscáis?».

No le conocían, no sabían quién era, y Le reconocieron enseñada, porque tomó en serio la inmensidad de la pregunta que

les constituía. Tampoco nosotros le conocíamos, no sabíamos quién era, pero este es el único hombre que nos permite mirar toda nuestra humanidad. En compañía un hombre que te dice: «¿Por qué tiembles?, [...] Tú no estás solo. No sabes amar y eres amado»⁹, podemos mirar incluso la oscuridad sin fin que asoma en lo hondo de nuestro ser.

Con Él, en Su compañía, podemos mirar a la cara toda nuestra humanidad, incluso aquello que nos da miedo. Esta mañana, cuando me he levantado, tenía ganas de despertaros a todos: «¡Amigos, Él está! ¿Qué hacéis durmiendo todavía? ¿Podemos mirarnos a la cara a nosotros mismos! ¿Nos perdemos lo mejor si seguimos durmiendo!». Pero, ¿quién eres Tú, oh Cristo, que apenas se levanta uno llenas toda su vida, todo su yo, de Tu presencia? ¿Qué gracia tan inmensa! Ellos Le reconocieron por esto: «Era aquel que buscabas, se hacía llamar Jesús»¹⁰. Es justamente Él: «aquel que buscabas». ¿Cómo sería para la Virgen (cuya hermosa fiesta celebramos hoy), invadida completamente por Su presencia, desde aquel día en adelante? Hoy, en Su compañía, nos mira a todos nosotros, pobrecillos – que estamos aquí para comprender mejor qué buscamos –, abrazándonos a todos, uno por uno.

En compañía de Jesús podemos mirar a la cara nuestra pregunta sin miedo. Nosotros no somos como el ciego de Pascoli, que decía: «Pero acaso alguien me escucha, alguien me ve / invisible. Dentro de sí se esconde. / ¿Sonríe maliciosamente? ¿Llora? ¿Me ama? ¿Odia? / Se sienta frente a mí. Seas quien seas, revela / quién eres: ¡dime si tu corazón se complace / o si se complace de mi lamento! / Él me mira inmóvil, y calla. / [...] Así lloraba: y el aura del atardecer / en las arrugas del rostro centelleaba; / y el rocío sobre su cabeza llueve las estrellas. / Y él estaba, irresoluto, pendiente del falso abismo». El ciego estaba allí, «irresoluto, pendiente del falso abismo»¹¹.

Nosotros no somos como *Los dos huérfanos*. «“Hermano, ¿te aburro ahora, si te hablo?” / “Habla: no puedo dormir”. “Escucho / como un roer...” / “Será acaso una termita...” / “Hermano, ¿has oído ahora un lamento largo en la oscuridad?”. “Será acaso un perro...” / “Hay gente en la puerta...” / “Será acaso el viento...” / “Escucho dos voces suaves, suaves...” / “Acaso sea la lluvia que cae bellamente”. / “¿Escuchas esos toques?”. “Son las campanas”. / [Todo da miedo y un “acaso” envuelve y hace que todo sea inseguro¹²] / “¿Tocan a muerto? ¿dan las horas? / “Acaso...” / “Tengo miedo...” / “También yo”. “Creo / que truena: / ¿cómo haremos?”. “No lo sé,

hermano: / estate cerca, estemos en paz: seamos buenos” / “Sigo hablando, si te gusta. / ¿Recuerdas, cuando por la cerradura venía la luz?” [cuando todavía estaba la madre]. “Y ahora la luz está apagada”. / “Incluso en aquellos tiempos teníamos miedo: / sí, pero no tanto”. “Ahora nada nos conforta, / y estamos solos en la noche oscura”. / “Ella estaba allí, detrás de esta puerta, / y se escuchaba un murmullo fugaz, /de cuando en cuando”. “Y ahora madre está muerta”. / “¿Recuerdas?”. “Entonces no estábamos tan en paz / entre nosotros...”. “Nosotros somos ahora más buenos...” / “ahora que no hay nadie que se compadezca / de nosotros...” “que no hay nadie que nos perdone”»¹³. Esta es la terrible y espantosa soledad que llena todo de miedo. Y el único consuelo, «el único remedio es estar cerca unos de otros: somos más bondadosos. ¿Qué es necesario?»¹⁴. Es necesario alguien que nos perdone, una Presencia que se vuelva una verdadera compañía. Esto es lo que hemos encontrado: mejor, es Aquel que hemos encontrado. Por eso podemos mirar a la cara nuestra oscuridad, podemos mirar a la cara la pregunta sin fin que nos constituye. Es Él, Él con su Presencia, el que hace emerger esa pregunta con toda su potencia. Aquellos que se encontraron con Él por primera vez, nunca como aquel día experimentaron lo que buscaban, sintieron esa hambre y esa sed que constituía su corazón, su estructura humana: su humanidad esperaba una Presencia que la despertase en toda su hondura, sin miedo, de forma que su exigencia pudiese expresarse totalmente.

Nosotros tenemos esta hambre, esta sed que urge dentro de nosotros. ¿Hay alguien que pueda negar que desea su plena satisfacción en su relación con la realidad, con las cosas, con las personas? Esta urgencia procede de todo cuanto vivimos, surge de las entrañas de la vida. En todo lo que hacemos, en cada experiencia que vivimos, en cada impacto con la realidad, surge poderosa esa pregunta. «En este período –escribe María– estoy pensando en la tesis, y, a pesar de mis grandes expectativas, me encuentro aburrida, cansada de hacer lo que deseaba desde hacía tiempo. Estaba segura de que estaría contenta, de que profundizar en mi estudio y empezar a ponerlo en práctica me realizaría, y, sin embargo, estoy triste y como aburrida. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué vale de verdad en la vida? ¿Hay algo que pueda vencer esta apatía?».

«¿Qué buscáis?». No podemos vivir circunstancia alguna sin que se despierte de nuevo esa pregunta, aunque a veces sea frágil, aunque sea débil la conciencia que tenemos. «Cuando alguien me pregunta de forma explícita que quiero, qué busco,

qué podría ayudarme, me quedo pensativa y no digo nada, no consigo ni siquiera formular una frase que resuma todo lo que tengo dentro. Me siento como impedido –dice Mario–. Incluso me cuesta lo indecible escribir estas pocas líneas. Un hambriento pediría algo de comer, un sediento algo de beber. Yo no sé qué decir».

¿Por qué nos pasa esto? ¿Por qué esta exigencia se difumina? ¿Por qué tenemos una conciencia tan reducida de ella? Por un debilitamiento de nuestra relación con la realidad. Inexorablemente, la realidad despierta en nosotros la pregunta: en el aburrimiento o en la belleza, la sentimos surgir desde las entrañas de lo que vivimos. «¿Por qué vale la pena vivir? ¿Qué vale de verdad en la vida?». Es como si este nexo con la realidad estuviese en crisis. No es que no nos impacte la realidad, ni que ya no despierte en nosotros preguntas: ¡es imposible! No existe un solo instante en nuestra vida, sea cual sea la circunstancia, ya sea buena o mala, en que la pregunta no se despierte. No existe poder en este mundo capaz de impedir esto, y ni siquiera vosotros tenéis el poder de impedir que tal pregunta resurja constantemente, pues si fuese así trataríais de eliminarla. El hecho es que «la realidad –observa mi amiga María Zambrano– ha llegado a ser el problema entre todos del pensamiento moderno», porque, «en virtud de su libertad, el hombre puede retraerse ante la realidad, puede eludirla»¹⁵. ¿De qué forma? No comprometiéndose con ella, con las preguntas que suscita. Es lo que dijo don Giussani hace muchos años (y que nunca he olvidado desde que lo leí), para explicar el comienzo de la situación en la que nos encontramos ahora: sucumbimos a «una posibilidad permanente del alma humana, (...) una triste posibilidad de faltar al compromiso auténtico, al interés y a la curiosidad hacia lo real en su totalidad»¹⁶.

Es imposible que la realidad no despierte la pregunta. A Leopardi le resulta imposible no preguntarse ante el cielo estrellado: «Y cuando miro en el cielo arder las estrellas, / me digo pensativo: / “¿Para qué tantas luces? / ¿Qué hace el aire sin fin, y esa profunda, / infinita serenidad? ¿qué significa esta / soledad inmensa? ¿Y yo, qué soy?»¹⁷. Ante un cielo estrellado o ante nuestro aburrimiento, es imposible que no surja en nosotros esa pregunta. Pero podemos retraernos, podemos no comprometernos con ella, con la curiosidad que despierta la realidad.

Benedicto XVI lo llama «resignación»¹⁸. El hombre moderno se ha resignado –Occidente se ha resignado– a permanecer ahí, ante

la realidad, sin implicarse con la pregunta que ella despierta en él. Es como siuviésemos que separarnos de nosotros mismos, como siuviésemos que separarnos de la realidad para no sufrirla: si estamos presentes ante ella, es imposible que la realidad no nos despierte. Vivimos en un contexto cultural en el que todos, en vez de implicarse con la pregunta, tratan de distraerse: piensan que pueden ahorrársela con su libertad.

Pero el contexto no es suficiente para explicar lo que sucede. Como decía don Giussani, «ningún hecho humano puede atribuirse en su totalidad a meras circunstancias exteriores». No somos una pieza inserta dentro de un mecanismo, ni siquiera del mecanismo social; nada puede imputarse de forma exhaustiva a meras circunstancias exteriores, «ya que la libertad del hombre, aún debilitada [con toda nuestra debilidad] sigue siendo un signo indeleble de la criatura de Dios»¹⁹. Seguimos siendo personas, es decir, relación directa con el Misterio. Dejemos por tanto de echar la culpa a la situación: somos nosotros los que nos retiramos de esta curiosidad, de esta pregunta, existe una connivencia por nuestra parte.

«Tengo una tendencia –dice Caterina– a dejar pasar las cosas ante mis ojos, a no tomar la iniciativa, a no ponerme en juego completamente en las cosas que hago, por distracción o por pereza. Me doy cuenta de que en un lugar como este tengo la suerte de ser reclamada y ayudada constantemente pero, en cierto modo, sigo siendo pasiva y superficial». Da igual que estemos en este lugar o en otro, que estemos con gente que no nos reclama o que seamos continuamente reclamados: nuestro yo nunca es una pieza de un mecanismo. Por eso podemos seguir siendo pasivos y superficiales. Esta es la grandeza del hombre, esta es la grandeza del yo, que es relación directa con el Misterio: la libertad.

«Hoy una amiga me ha recordado las primeras palabras que dijo Jesús: “¿Qué buscáis?”. Me he dado cuenta –escribe una de vosotros– de que no me podría imaginar a mí misma con esta actitud ante un compañero de universidad, yendo tan al fondo de lo que él y yo somos y deseamos». Que uno nos plantee esta pregunta es un milagro, porque nosotros no nos lo podemos ni imaginar. «Me daría mucha vergüenza. Y entonces me ha resultado evidente que esto me sucede porque casi siempre paso de mí misma, de lo que quiero verdaderamente: casi nunca me lo planteo». Resignación, falta de compromiso. Es lo mismo que dice Francesco: «Me doy cuenta de que lo que me falta es una tensión en el instante, porque no soy simplemente un mecanismo».

La consecuencia de esta falta de compromiso con la realidad, de este debilitamiento de nuestra relación con la realidad, es un debilitamiento del yo, de la conciencia de sí, un «vaciamiento», como dice don Giussani, «un abatimiento de la personalidad»²⁰, que cada vez se desmoraliza más. Por eso muchas veces sentimos un nihilismo que nos invade hasta la médula. No es un nihilismo fuerte, es como la ofuscación de la conciencia de sí, como un descuidarse, un estar cada vez más perdidos.

En esta situación aparecen dos tentaciones. La primera es la de encontrar en la “religiosidad”, en un cierto modo de vivir la religiosidad, una especie de refugio sentimental. Para muchos es así. La religiosidad no es la modalidad con la que vivir todo, no coincide con el uso verdadero de la razón en la relación con la realidad: se convierte en un refugio en el que encontrar un poco de alivio. Se comprende entonces por qué para muchos la religiosidad deja de resultar interesante con el tiempo: no interesa porque no sirve para nada. La segunda tentación es la de buscar algo que parece más real: una compañía como “utopía”, como lugar en donde encontrar una cierta paz. Es la tentación de Pascoli, como hemos leído antes: acercarnos mucho entre nosotros²¹. Pero esto es ya el signo de una derrota. Por eso, con el tiempo, vivir de este modo la compañía deja también de interesar.

A pesar de todo, sin embargo, es como si existiese un aliado dentro de nuestra experiencia que nos impidiese estrechar el cerco: un malestar, una inquietud, una intranquilidad, llamadlo como queráis, que nos empuja y nos vuelve a poner en juego. De nuevo se pone ante nuestra persona la decisión de tomar o no en serio esta exigencia que encontramos en nosotros. Pero no podemos evitar preguntarnos: «¿Quién me obliga?». ¿Quién te obliga? ¿Por qué tienes que hacerlo? No hay nadie que pueda empujarte a hacerlo si tú no percibes en un momento dado su conveniencia humana.

¿En qué consiste esta conveniencia? Lo primero que hay que decir es que no afrontar la realidad, el aburrimiento, la oscuridad o el cansancio no nos libra de la oscuridad, del aburrimiento o del cansancio. No se puede tirar todo esto a la basura y librarse de ello. Como uno que no quiere reconocer que tiene una úlcera en el estómago y no piensa en ella: ¡actuando así no se la ahorra! Si no afronto la realidad –la oscuridad, el aburrimiento, el cansancio–, no me la ahorro, sino que la soporto como puedo, y esto no me conviene. Sobre todo no nos conviene a nosotros, que nos hemos encontrado con Uno con el que podemos mirar todo a la cara y hacer

un camino. En segundo lugar, hablando en positivo, nos conviene afrontar la realidad por un amor a nosotros mismo, por un afecto a nuestro destino. «¿Qué es lo que puede persuadirnos de llevar a cabo este trabajo», de este compromiso con la realidad? El hombre «sólo se mueve por amor o por afecto. El amor que nos puede persuadir de realizar este trabajo», de este compromiso, de modo que pueda dirigir toda nuestra energía cognoscitiva en busca de aquello que deseamos, «es el *amor al destino de nosotros mismos*, es el afecto a nuestro *destino*. Es esta conmoción última, esta emoción suprema [se trata de un amor último a uno mismo, no un intelectualismo, un razonamiento o una lógica], lo que persuade e incita a la virtud verdadera»²², a una implicación con nuestra humanidad.

2. Una mirada reveladora de lo humano

¿Qué nos facilita este amor a nosotros mismos? Nosotros somos como todos, nos descuidaríamos como todos, haríamos las mismas tonterías que todos, y de hecho las hacemos. La diferencia es que a nosotros se nos ha impuesto un Hecho, un Hecho que impide que descuidemos las cosas como si nada hubiese sucedido. «Te escribo –dice Matteo– porque estimo tu sencillez. En este período me he sentido lejos del corazón del movimiento, aunque estaba totalmente rodeado de gente, participando en las actividades y las iniciativas. Después de años estupendos de experiencia me doy cuenta de que he aprendido un *habitus*, una forma de vivir más verdadera. Y este es el motivo que me hace estar en la universidad con arrojo y pasión, ser representante de alumnos, mirar a mis compañeras con una estima verdadera, confrontarme con los amigos, ir a misa. Pero es como si yo estuviera parado. Veo que todo el movimiento está dando un paso, está trabajando sobre la vida, y yo me dedico a mis asuntos, me ocupo únicamente de que las pocas cosas que controlo estén en su sitio. Esto se refleja en mi relación con la Escuela de comunidad: no tengo nada que decir, estoy aburrido e irritado por el encuentro semanal, decido a priori quién puede ofrecerme algo y pienso que la vida está demasiado llena de cosas como para dar espacio a cuestiones que por mí mismo no me plantearía». Hasta aquí, todo normal: ¿qué misterio hay en que la debilidad sea débil? «Sin embargo –sigue– hay un “antes”, una historia que no me deja desistir». Benedetta lo dice con otras palabras, hablando de la situación de confusión que vive muchas veces: «En esos momentos en los que las cosas no van

como querría, en los momentos en los que niego todo lo que ha entrado en mi vida (porque podemos llegar hasta esta irracionalidad), precisamente ahí mi corazón me obliga a buscar esos rostros, esas personas, esa realidad, y me doy cuenta de que los busco porque cedo a Su reconocimiento».

¿Qué «hecho» ha sucedido? El mismo que les sucedió a Juan y Andrés y que ha implicado a tantas personas después. Al igual que a ellos, también nos ha sucedido a nosotros. Dice don Giussani, describiendo el encuentro de Juan y Andrés con Jesús: «El corazón de los dos pescadores se había topado aquel día con una presencia que correspondía de manera inesperada y evidente al deseo de verdad, de belleza y de justicia que constituía su humanidad sencilla y carente de presunción. Desde entonces, si bien traicionándole y malinterpretándole miles de veces, nunca le iban a abandonar ya, se iban a volver “suyos”»²³. Le traicionaron y le malinterpretaron mil veces, pero no le abandonaron, porque eran «suyos», como nosotros. ¿Por qué «suyos»? Porque habían tenido la experiencia de esa correspondencia única que es un punto de no retorno. Y cuando se implicaron en Su compañía, cuando se hicieron amigos, pudieron ver su Presencia en acción: le vieron desplegarse ante sus ojos. Imaginémoslo impresionados que estarían los que acompañaban a Jesús, viendo continuamente lo que hacía. Bastaría con leer el Evangelio con estos ojos. Tratemos de identificarnos con ellos.

«En aquel tiempo Jesús bordeando el lago de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los echaban a sus pies y él los curaba»²⁴. Debía parecer algo normal. Pero, ¿cuántas personas se interesan así por la humanidad de los tullidos, de los lisiados, de los ciegos –unos pobrecillos, como todos nosotros–? «La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y dieron gloria al Dios de Israel». Pero, ¿qué tiene que ver Dios con esto? Se trataba de hechos tan desconcertantes, tan excepcionales, que hacían pensar en Dios. «Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Me da lástima de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino”»²⁵. Y realizó el milagro de la multiplicación de los panes.

«Jesús se marchó a Judea y Transjordania; otra vez se le fue reuniendo gente por el camino, y según costumbre les enseñaba.

[...] Le presentaron unos niños para que los tocara, pero los discípulos les regañaban»²⁶. Resulta increíble: ellos han sido los primeros en ser abrazados, y los demás “molestan”. Caemos enseñuado. Pero es bonito que el Evangelio diga esto de los discípulos, porque así también nosotros, que hacemos lo mismo, podemos ser amigos de Jesús. «Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo: “Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis; de los que son como ellos es el Reino de Dios”. [...] Mientras salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” Jesús le contestó: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. [...] Ya sabes los mandamientos”. [...] “Maestro, todo esto lo he cumplido desde pequeño”. Entonces Jesús fijando en él sus ojos [mirándole intensamente], le amó»²⁷. ¡Cómo no conmoverse ante uno que le mira así, que se lo encuentra por casualidad por el camino y le mira así, fija en él sus ojos y le ama! Es como si después le entrara miedo de dejar todo, y se acaba marchando lleno de tristeza.

«Los discípulos iban subiendo camino de Jerusalén, y Jesús se les adelantaba; los discípulos se extrañaban y los que seguían iban asustados. Él tomó aparte otra vez a los Doce y se puso a decirles lo que le iba a suceder [no es una compañía de amigos, es una amistad, y Él no se retira de la realidad, de lo que el Padre quería de Él]: “Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados, lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán; y a los tres días resucitará». Y los demás, después de haber escuchado esto, ¿qué hacen? «Se le acercaron Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y le dijeron: “Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir”. Les preguntó: “¿Qué queréis?”. “Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda”»²⁸. Jesús hablaba de su muerte y los demás pensaban en su “sitio al sol”, como nosotros.

«Al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí”. Muchos le regañaban para que se callara [como hacemos nosotros muchas veces]. Pero él gritaba más [¿qué difícil es encontrar a una persona que grite con fuerza su propia necesidad!]: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”»²⁹. Jesús no se

asusta ante aquel hombre que grita, le toma en serio, mientras que los demás pasan: «Llamadlo». Vosotros, ¿con quién queréis estar en la vida: con uno que pasa de vosotros o con uno que dice: «Llamadlo, porque me importa su grito»? Del primer tipo hay miles, pero del segundo tipo, de aquellos a los que les importa nuestro grito, no encontraréis muchos. «Llamaron al ciego, diciéndole: “Animo, levántate, que te llama”. Soltó el mando, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?”. El ciego le contestó: “Maestro, que pueda ver”. Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha curado”. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino»³⁰.

¿Por qué le sigue? ¿Es que no tiene otra cosa que hacer? Seguirle no es un moralismo: no quiere perderle. El encuentro coincide «con la experiencia de una diferencia que atrae. Pero diferencia ¿con respecto a qué? Con respecto a la mentalidad común, al modo común de concebir aquello que se desea, al modo “normal” de entrar en relación con la realidad en todos sus detalles. Lo que impresiona y mueve son personas, rostros, con una identidad más verdadera, más correspondiente al corazón, no determinada por toda la trama de los factores que componen el clima social tal como es favorecido por el poder y soportado por todos. [...] El encuentro con una realidad viva, portadora de una diversidad que atrae pues corresponde a la espera original del corazón, es la circunstancia histórica a través de la cual Cristo –el destino hecho carne, el infinito que se ha hecho uno entre nosotros– alcanza nuestra vida ahora»³¹.

¿Cuál es la diferencia que nos atrae? «El “gesto” más iluminador, el “signo” más significativo es la concepción que una persona tiene de la vida, el sentimiento global y definitivo que tiene del ser hombre»³², la mirada que tiene sobre el yo. Por eso resulta tan fácil reconocerlo. «Tú lo sabes bien: no logras hacer algo, estás cansado, no puedes más. Y, de repente, encuentras entre la muchedumbre la mirada de alguien –una mirada humana– y es como si te hubieses acercado a algo divino que está escondido. E inesperadamente todo se vuelve más sencillo»³³. Esta es la diferencia que se adivina, aunque no se sepa muy bien de qué se trata. Un genio como Tarkovski la adivina: es lo divino escondido. La muchedumbre de la que habla el Evangelio la adivina: la gente sencilla, viendo las cosas que hacía aquel Hombre, pensaba en Dios. «Sólo lo divino puede “salvar” al hombre; es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino [son salvadas] sólo por Aquel que es su sentido último»³⁴, Jesús.

Este es el origen de la diferencia que percibimos nosotros: lo divino escondido. Y por eso experimentamos esa correspondencia que otras veces hemos llamado «imposible», pues resulta rara. Parecería imposible encontrar algo verdaderamente correspondiente, pero de repente sucede algo único: es el encuentro con algo objetivo –nada que ver con pensamientos o sentimientos–, «el *encuentro* con un hecho objetivo, originalmente independiente de la persona que tiene la experiencia»³⁵. Ahora bien, el gesto con el que Jesús nos sale al encuentro, «el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano dilata también la capacidad cognoscitiva de su conciencia [amplía la razón], pues adecúa la lente de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama “gracia de la fe”»³⁶. Es como cuando te enamoras: el hecho de su presencia te abre de tal manera el corazón, te abre de tal manera la razón, que puedes comprender el alcance que esa persona tiene para ti. En esto consiste la gracia de la fe, del reconocimiento del Otro. No está por un lado la gracia y por otro el gesto con el que Cristo se hace presente, de forma que no sabemos cómo unirlos. No, todo está ahí, ante nosotros. Al abrir con tanta potencia tu razón, tu autoconciencia, Dios te da la capacidad crítica para valorar; no te quita la cabeza para hacer de ti un bobo de forma que puedas seguir con más facilidad. No, te da la capacidad para comprender el alcance de aquello que has encontrado, te hace consciente de hasta qué punto Su presencia te corresponde. Y uno se da cuenta de que esto es una gracia.

«¿Qué es el hombre, para que Te acuerdes de Él, el hijo de Adán, para que cuides de él?»³⁷. ¿Quiénes somos nosotros para que haya alguien que se preocupe así por nosotros? El encuentro es una gracia. «*El valor más puro y objetivo de la vida cristiana es la conciencia de la gratuidad absoluta de las intervenciones de Dios en la historia*». Y añade don Giussani: «No existe verdad más grande, dulce y apasionante»³⁸. ¿Por qué es tan dulce y apasionante? Porque Su presencia corresponde. «Ese impacto excepcional, ese asombro inicial, ¿en qué consistía, psicológicamente hablando? El asombro inicial fue un *juicio* [no un sentimentalismo, sino un juicio] que se convirtió inmediatamente en *adhesión* (como cuando alguien te ve en las colinas del norte de Bérgamo y dice: “¡Qué chica tan guapa!”, y se te pega [es así de sencillo]. ¿Me entiendes?). Se trató de un juicio que era como el pegamento: un juicio que le pegaba a Él. ¡Todos los días [estando con él] les daban varias manos de cola y ya no podían separarse!»³⁹.

3. La contemporaneidad de Cristo

Cautivados, apegados: esta es la comunión que Él genera. Esta capacidad de apego afectivo, de hecho, no es una capacidad nuestra (no es una capacidad para ponernos de acuerdo), es una fuerza irresistible con la que Dios une poco a poco a los hombres hacia Sí, según Su misteriosa libertad. Esta fuerza irresistible de unidad parte de la persona de Jesucristo: era Él el que pegaba a todos, uno a uno. «Se trata esencialmente de una comunión con Cristo». Como dice Paola: «Me da la impresión de que no vivo, sino que sobrevivo. Y, sin embargo, hago todo: leo la Escuela de comunidad, acudo a la caritativa, estoy en la asociación de universitarios, estudio en la biblioteca, pero yo no estoy presente. A propósito de esto me impresiona Reborá cuando dice: “Cuando el corazón se eleva hacia el amoroso don / ya no se inventan los hombres / sino que existen”⁴⁰». «Existen»: uno está presente, es él mismo por completo. Uno existe cuando sucede este amoroso don. Pero atención: ¿por qué está presente?, ¿cuándo estamos presentes? Es preciso darnos cuenta de la reducción que efectuamos: no advertimos que lo que hace posible estar ante la vida con todo lo que somos –a través de lo humano– es lo divino escondido. Es Él el que nos atrae. «Tanto el encuentro con Dios como el encuentro con alguna persona o con la comunidad pueden nacer como algo evidente en un momento y vivir después sólo en el recuerdo [en la memoria]. A veces aparece como “un rayo en la niebla”, pero esta fugaz aparición nos produce igualmente la seguridad de haber encontrado, por decirlo con un juego de palabras, “algo en lo que dentro hay algo”⁴¹. Muchas veces nos quedamos en la apariencia, y no nos damos cuenta de que lo que nos atrae es ese «Algo que está dentro de algo». Somos racionalistas hasta la médula, utilizamos la razón como todos, y por eso nos quedamos en la oscuridad y no llegamos jamás al Tú, no nos damos cuenta de que hay Otro que nos da la vida en este instante, aunque estemos en la oscuridad, o bien permanecemos en la compañía quedándonos en la apariencia, sin llegar a ese «Algo» que está dentro de algo. La misma reducción que efectuamos ante la oscuridad la llevamos a cabo también ante el encuentro. ¿En qué se percibe esto? En el modo con el que –después del primer impacto del encuentro– reducimos nuestro estar juntos. Al no tomar conciencia de que lo que nos atraía era lo divino escondido, nos contentamos muchas veces con vivir la compañía como utopía, como

si fuese la compañía la que nos diera la respuesta. Mientras que nuestro estar juntos es lo que nos introduce cada vez más en la conciencia de este divino escondido.

«Para muchos de nosotros [esta es la prueba de la reducción], que Jesucristo sea la salvación, y que la liberación de la vida y del hombre, aquí y en el más allá, esté unida continuamente [subrayad “continuamente”] al encuentro con Él, se ha convertido en un reclamo espiritual. Lo concreto es otra cosa... el compromiso... la organización... [todo lo que tenemos que hacer], no para expresar una exigencia vital [por eso uno puede hacer caritativa, asistir a la Diaconía o a la Secretaría, y hundirse en la organización], sino como un peso que mortifica la vida, un peaje que pagamos a una pertenencia que inexplicablemente nos mantiene en los rangos de una asociación»⁴².

Aquí se ve el cambio de método que llevamos a cabo sin siquiera darnos cuenta. Hemos descrito la fascinación del encuentro cristiano con la palabra «correspondencia»: hemos encontrado algo que correspondía tan poderosamente que nos atraía a todos, nos pegaba. Pero luego es como si el centro afectivo se desplazara hacia lo que tenemos que hacer. Este desplazamiento se ve con mucha claridad en las relaciones afectivas: lo que te fascina de tu novia en los primeros momentos es ella misma, estar con ella; el bien coincide con su presencia. Pero a partir de cierto momento prevalece lo que hay que hacer: los hijos, las complicaciones, el trabajo. ¡Por favor, todas estas cosas son necesarias, pero puedes pasarte días enteros sin mirarle a la cara! El centro afectivo se ha desplazado, está en otro sitio. «Separamos –dice Pierluigi con agudeza– el “enchufe” que nos conecta de aquel nos genera».

Pero nosotros, amigos, podemos no sucumbir ante esto. ¿Qué puede ayudarnos a descubrir esta reducción? «Ante una belleza tan clara en la amistad con ella –escribe uno de vosotros– he empezado a pensar que no hacía falta ser del movimiento para amarse. Y sin embargo toda la belleza que vivía con esta persona dejó de ser suficiente al cabo de algunos meses, es más, empezaba a aburrirme con el paso de los días. Ni siquiera la conciencia de ser amado por alguien me bastaba para seguir hacia delante. Me faltaba principalmente un juicio como hombre. Entonces empecé a tomarme en serio la Escuela de comunidad». Nosotros cambiamos la correspondencia del encuentro cristiano por la de cualquier otra relación. Pero, a partir de lo que le ha sucedido, nuestro amigo se ha dado cuenta de qué es la comunidad.

«Al principio estaba convencido del hecho de que la comunidad y mi pertenencia a ella dependían únicamente del sentimiento que había entre nosotros. Pero ese no es el origen de la comunidad: el origen es la comunión con Cristo». Y cita la Escuela de comunidad: «por la misma razón que entramos en comunión con Cristo entramos en comunión, de modo irresistible, con todos aquellos a quienes “el Padre ha puesto en sus manos”»⁴³. Nos conviene darnos cuenta de esto. No hace falta llegar a los cuarenta años –como documenta una carta publicada en *Huellas*– para descubrirlo. Cuanto antes lo descubramos, mejor.

«Querido Julián... Ayer fui a tu Escuela de comunidad con la esperanza de que sucediera algo nuevo. Tengo 43 años, una profesión, me atrevo a decir que con éxito [lo que todos vosotros esperáis ya ha llegado para algunos], soy esposo y padre feliz de dos maravillosos hijos, pero últimamente estaba como si me faltara el aire, incapaz de experimentar un reconocimiento consciente de su Presencia, echándole la culpa al hecho de que la preocupación principal es muchas veces la comunidad como organización, y esto se me queda pequeño; es como no poder respirar. Ayer por la tarde, por fin, reconocí al Señor y regresé a mi casa lleno de su Presencia. Por primera vez desde hace mucho tiempo no volví con un vacío que llegaba a percibir como soledad. Esto me sucedía incluso tras haber pasado veladas maravillosas con mis amigos, pero sin la novedad de reconocer su Presencia real». No se dice que la velada fuera algo horrible: incluso después de una velada preciosa con los amigos, uno puede volver a casa vacío, porque falta Él. «La Escuela de comunidad introdujo en mí una novedad rompedora cuando dijiste lo que... subraya don Gius en la primera página del capítulo sobre la comunión. Yo, más o menos como todos, lo había considerado una mera introducción al tema, que era lo más importante: lo que dice sobre nuestra compañía y cómo nos relacionamos con ella. [Lo que está antes es Él]. Me he dado cuenta de que tenía una idea de la comunión como un problema “social”, acerca de cómo nos relacionamos entre nosotros [cómo estar juntos]. Cuando ayer por la noche hablabas de la comunión como relación con Cristo, como algo que no hacemos nosotros, sino que estamos llamados a reconocer, a ser testigos de lo que Él hace que suceda entre nosotros, fue como si se me abrieran los ojos. Yo estaba ciego y de repente vi. Aquella muchedumbre que había venido a la Escuela de comunidad, –muchos estaban de pie, algunos con

prisa, otros cansados— no habían ido sólo porque estabas tú, sino porque, aún sin saberlo, buscaban a Cristo y Él repetía de nuevo el milagro de la comunión ¡de manera tan imponente! Yo al principio estaba triste, luego con curiosidad tras las primeras intervenciones y, al final, renacido al reconocer una Presencia que tú nos mostrabas a través de tus palabras. Nos pediste que volviéramos al origen, que tomáramos conciencia de que es Él el que nos reúne “para hacernos entrar en Su vida, que es el fondo de todas las cosas”, que “la comunión es esta vida Suya que quiere comunicarnos” y que, cuando uno la descubre, Su vida llena todas las cosas y se comienza a experimentar una vida plenamente satisfecha. Me sobresalté, lleno de estupor y de alegría. Es como si se me hubieran abierto los ojos de repente. Me di cuenta de que era Otro el que hacía que tuviera lugar ese gesto»⁴⁴.

No estamos condenados a vivir la compañía como un lugar en donde uno se hunde; podemos vivir la compañía como el lugar en el que encontramos la contemporaneidad de Cristo. La organización no es suficiente. Lo único necesario es la contemporaneidad, sólo haces falta Tú, oh Cristo, Tú eres lo que necesitamos. Si Él no está presente ahora, llenando el corazón, el cristianismo es mentira, y por eso no nos atraerá por mucho tiempo. Es mejor que lo descubramos cuanto antes. Y nosotros podemos estar seguros de que es verdad, de que Cristo está presente, pues de otro modo no podríamos hablar así, no podríamos ni soñar estas cosas.

«La fe —dice el Papa en la nueva encíclica— es la “sustancia” [el contenido] de lo que se espera; prueba de lo que no se ve [se trata de una prueba]. La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una “prueba” [una prueba, ¿entendéis?] de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro “todavía-no”. El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras»⁴⁵.

La experiencia de su contemporaneidad, la experiencia tan “rompedora” de Su presencia entre nosotros, es lo que nos permite entrar en la realidad. «La compañía concreta, allí donde sucede el encuentro con Cristo, se convierte en el lugar de la pertenencia de nuestro yo, del cual éste obtiene la modalidad última de percibir y de sentir las cosas, de comprenderlas intelectualmente y

de juzgarlas, la forma de imaginar, proyectar, decidir y actuar. Nuestro yo pertenece a este “Cuerpo” que es la compañía cristiana y en él obtiene el criterio último para afrontar las cosas. Tal compañía es, por tanto, la única modalidad que nos capacita para la realidad, que nos hace tocar la realidad y que nos hace reales». Esta compañía es la única que nos capacita para la realidad, la única que nos permite no huir, no sucumbir ante el miedo, la única que nos impulsa a mirar a la cara la realidad, a mirar a la cara aquello que buscamos, el dolor, el cansancio, el aburrimiento, ¡todo! Nos habilita para la realidad, nos hace tocar la realidad y nos hace reales. Pero para esto hace falta, como dice el Papa, esa Presencia que hace posible la fe. «¿Qué busco –escribe Manuela–? Busco esa apertura del corazón y de la razón que sólo Él ha hecho posible». Esto es lo que nos hace capaces de mirar todo. «La razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión»⁴⁶.

¿De qué manera nos capacita el encuentro para la realidad? ¿Cómo aprendemos todo esto? En el seguimiento. Siguiendo a otro que está presente. Pero, ¿qué quiere decir seguir a otro que está presente? El seguimiento no es una cuestión sentimental. «El seguimiento es el deseo de revivir la *experiencia* de la persona que te ha provocado y te provoca con su presencia en la vida de la comunidad, es la tensión por llegar a ser no como esa persona en su concreción llena de límites, sino como esa persona en el valor al que se da y que redime en el fondo también su rostro de pobre hombre; es el deseo de participar en la vida de esa persona en la cual se te ha dado Otro [con mayúscula], y es este Otro al que tú reverencias, al que aspiras, al que quieres adherirte, dentro de este camino». Nosotros somos devotos del Otro que hay en esa persona. «El seguimiento es a la persona en la que encuentras el valor, el horizonte, el contenido de la promesa, el testimonio; pero no sigues [¡atención!] a esa persona por sí misma, por sus ideas, persigues el Hecho que vive en ella. [...] El seguimiento es la identificación con una experiencia viva que cambia la propia mentalidad y la propia actitud»⁴⁷. Amigos, es decir, testigos. Esto es lo que nos capacita cada vez más para la realidad.

Termino con dos puntos. Lo que hemos dicho permite vivir toda la realidad como signo. Todo se convierte en ocasión para entrar en relación con el Misterio. Puesto que este encuentro me capacita para la realidad, para percibir el significado de todo lo que

sucede, todo se convierte entonces en ocasión de una familiaridad con él, con el Misterio. En Su compañía puedo mirar incluso la oscuridad sin fin que hay dentro de mí, hasta el punto de darme cuenta de que Tú estás, y esto me hace renacer. Cada circunstancia es la ocasión de este renacimiento. Este aspecto –he aquí el segundo punto– hace de la vida una vocación, una respuesta a la modalidad con la que el Misterio hace que se desarrollen las cosas en la vida, una respuesta al Misterio a través de las circunstancias por las que me hace pasar, a través de la modalidad con la que Él me llama. Todo se convierte en acontecimiento, porque todo es ocasión para que Le reconozcamos.

9 de diciembre de 2007
Mañana

SÍNTESIS

Julían Carrón

La primera noche os hice una invitación muy precisa: os invité a ponerlos con toda vuestra persona ante esa pregunta que brota cada vez más de nuestra relación con la realidad (con los estudios, con la soledad, con el aburrimiento, con la vida): «¿Qué buscáis?». Cuando decimos que la pregunta no surge, es porque no estamos atentos. Cuando estás aburrido, ¿no apremia en ti el deseo de vencer ese aburrimiento, de saber cómo darle una respuesta? Cuando te sientes aprisionado por una determinada situación, ¿no te surge el deseo de ser libre? A veces pensamos que la pregunta aflora únicamente en ciertas mentes. En absoluto, no es algo para gente que no tiene otra cosa que hacer y que lo único que hace es dejar volar su mente. Lo que nos urge es la vida. Decidme vosotros, con la mano en el corazón, si pasa un solo día sin que aparezca esta pregunta, de una forma u otra –no de modo intelectual o formal, sino como urgencia de la vida–. Para decir lo contrario uno tendría que censurarse a sí mismo.

Sólo si permanecemos ante la hondura de esta pregunta podemos comprender verdaderamente el sentido, el significado verdadero de la palabra «corazón», que hemos repetido tantas veces. Normalmente hacemos una reducción sentimental del corazón. Pero el corazón es la inmensidad de esta pregunta, es la exigencia de totalidad que tenemos dentro de nosotros, en lo más íntimo de nosotros mismos. ¡Y esto es bien distinto del sentimentalismo! Sería más fácil, inmensamente más fácil, resolver el problema si fuese solo de naturaleza sentimental. Pero la urgencia de la vida

no es un problema sentimental. Solo aquel que deja verdaderamente abierta la pregunta, aquel que se sitúa con toda su persona ante la inmensidad de la pregunta, puede evitar reducir el corazón a sentimiento.

Y esto, amigos, implica un trabajo: hace falta una educación, como nos decía siempre don Giussani. Si uno no está comprometido con toda la realidad, la urgencia de esta pregunta decae con el tiempo, al igual que sucede con la curiosidad que vemos en los niños, si no es despertada continuamente. Lo que nos hace caer en la confusión es justamente no darnos cuenta verdaderamente de la inmensidad de nuestra pregunta. Si no tenemos claro cuál es el contenido y la experiencia que tenemos de la pregunta que nos constituye y que es la naturaleza misma de nuestro yo, si no tenemos clara la conciencia de la naturaleza única de esta hambre y de esta sed que somos, utilizamos la palabra correspondencia para cualquier cosa, confundiendo, como sucede habitualmente, «éxito» con «correspondencia». ¡Ojalá fuese verdad! ¡Ojalá bastase con triunfar en la vida! Sería facilísimo: el que triunfa en la vida habría resuelto el problema, no tendríamos necesidad de estar aquí, hablando de Cristo, no sería necesario que Cristo se hubiera hecho hombre y hubiera muerto en la cruz. No tendríamos necesidad de Él, no tendríamos necesidad de Dios, si pudiéramos resolver el problema de la vida con el éxito. Pero el éxito no es nada comparado con la inmensidad de la pregunta. Hoy en día muchas personas consiguen tener éxito, tienen más dinero que nunca: sin embargo, nunca como ahora vemos personas destruidas. ¿Por qué? Alguna razón habrá. Tenemos una cierta confusión en la cabeza. El éxito, incluso cuando las cosas van especialmente bien, está a años luz del infinito. Y en esto consiste precisamente la inmensidad de la pregunta: yo deseo el infinito. Como decía Pavese: «lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»⁴⁸. Nadie podrá contentarse jamás con menos de esta infinitud. ¡Intentadlo! Es como meter el pie en el zapato equivocado: decidme cuánto resistís, decidme si os vale.

No lo decidimos nosotros. La correspondencia no la podemos decidir nosotros. Aclaremos los conceptos: la palabra «correspondencia» no la podemos utilizar a nuestro antojo, para cualquier cosa que nos guste, para cualquier cosa que nos vaya bien. Existe correspondencia cuando algo corresponde a la inmensidad de la pregunta. Entonces, decidme, ¿cuántas veces habéis tenido

experiencia de esta correspondencia? Si vosotros llamáis correspondencia a todo es porque nos sois conscientes de la inmensidad de la pregunta. Así de sencillo.

Don Giussani nos recordaba una frase de Juan Pablo II en la que se comprende hasta qué punto es decisiva esta pregunta para el cristianismo, para ser cristianos. Decía el Papa: «No habrá fidelidad si no se encontrara en el corazón del hombre una pregunta para la cual sólo Dios es la respuesta»⁴⁹. Es decir, si no existe en vuestro corazón una pregunta para la cual sólo Cristo es la respuesta, con el tiempo, Cristo dejará de interesaros, aunque estéis aquí todos muy devotos. Lo que dice el Papa es literalmente verdad. Han sido muchos los hombres que en los últimos siglos han dicho «Cristo», incluso demasiado, pero que han dicho adiós al cristianismo (“bye bye”), no porque hayan hecho algo especial, simplemente porque Cristo ya no les interesaba. El cristianismo os interesará sólo si vivís la pregunta en toda su amplitud: Cristo interesa sólo a aquellos que perciben la verdadera dimensión de la pregunta. Si queréis saber cuántos cristianos verdaderos conocéis, mirad alrededor y preguntaos: ¿cuántos cristianos tienen necesidad de Cristo para respirar, para vivir? Cristo no es un adorno, una capucha, un sombrero que se pone y se quita.

«El cristianismo –escribe don Giussani– presenta así su gran “inconveniente”: que necesita “de los hombres” para ser entendido y vivido. Hombres: es decir, ese nivel de la naturaleza en el que ésta adquiere conciencia de sí misma. Si la humanidad no vibra, no hay discurso religioso que sea capaz de mantener su carácter persuasivo. El cristianismo no tiene más “arma” que ésta: el ser humano que vive como tal, que se renueva y da forma, con su humanidad renovada, a una realidad social nueva»⁵⁰. El cristianismo tiene por tanto un gran inconveniente: “necesita de los hombres”. Si no existen los hombres, no existirá el cristianismo. ¿Qué quiere decir «hombres»? Gente que vive la pregunta en toda su amplitud. El cristianismo necesita de los hombres para ser «entendido y vivido». Es decir, para que se pueda «comprender» de qué se trata, qué es el cristianismo, hacen falta hombres, hace falta esa pregunta ilimitada que pueda sorprender en acto la correspondencia que Cristo suscita como respuesta. Si no es así hablamos de Cristo sin comprender nada. Y son necesarios los hombres para que el cristianismo pueda ser «vivido». Uno que se sitúa ante la inmensidad de la pregunta no dice: «¿Cómo puedo vivir la relación con Cristo?», sino: «¿Cómo es posible vivir sin la

relación con Cristo? ¿Cómo puedo yo hacerme más amigo de Cristo?». Pero, ¿cómo podéis vivir sin hacer memoria de Cristo, cómo os soportáis sin Él? ¡Decídmelo! Es lo contrario de lo que pensamos normalmente. Es como si uno que está enamorado dijese: «¿Cómo puedo hacer para tener ganas de estar con ella?». ¡Iros a freír espárragos! Uno que dice esto, ¿está enamorado? Decídmelo, ¿está enamorado? ¡No ha comprendido nada! ¡Por favor, hablemos del cristianismo como hablamos de las cosas normales! Si no es así todo está vacío, son sólo palabras sin sentido, vaciadas de la experiencia, no sabemos lo que decimos, y esto antes o después nos aburre. Si uno ha descubierto qué quiere decir querer a otro, sabe que no puede vivir sin desear verle otra vez, le echa de menos: ¿cómo se puede vivir sin él, sin ella? Cuando a uno le sucede esto, entonces comprende. Pongo estos ejemplos porque son los que comprendéis, y así podéis hacer la comparación y decir si, cuando habláis de Cristo, sucede lo mismo que cuando habláis de algo concreto. Si no es así, es como si, cuando hablamos de lo concreto, esto no tuviese nada que ver con Cristo. ¡No! Cristo es mucho más concreto que tu chica o tu chico. Es tan concreto que uno que se ha encontrado con Él le echa mucho más de menos. No es que la chica o el chico sean el ejemplo paradigmático y Cristo sea en cambio una “forma de hablar”. Es lo contrario: Cristo, el encuentro con Cristo es lo paradigmático, y la relación con el chico o la chica es la “forma de hablar”, hasta el punto de que normalmente decae. Están todos tan convencidos de que decaerá que se preparan ya desde el principio una vía de salida con el divorcio.

Para que el cristianismo sea entendido y vivido hacen falta hombres. ¿Qué significa “hombres”. El hombre es «ese nivel de la naturaleza en que ésta toma conciencia de sí misma»⁵¹, en que es consciente de la inmensidad de su pregunta. «Si la humanidad no vibra no hay discurso religioso que sea capaz de mantener su carácter persuasivo»⁵². Del mismo modo, si tu humanidad no vibra, ningún discurso sobre el amor podrá ocupar el lugar de una relación. No podemos sustituir la vibración, la conmoción última, la intensidad de una presencia, por el discurso: no es persuasivo. Por este motivo, el cristianismo no será persuasivo para vosotros, si no existe esa vibración. «El cristianismo no tiene más “arma” que ésta: el ser humano que vive como tal»⁵³. Si dejáis atrás la infinitud de vuestra pregunta, no podréis jamás interesaros verdaderamente por Cristo: hablaréis de Cristo de modo formal, vacío. El “arma” del cristianismo es «el ser humano que vive como tal, y que se renueva»,

que necesita constantemente del encuentro con Él para seguir renovándose. Yo no me renuevo a mí mismo, decaigo continuamente (¡menuda novedad!). Tengo necesidad de mi humanidad para vibrar ante Él, y sólo en la relación con Él yo me renuevo. Si no es así repito mis límites. Estar ante Él con toda mi humanidad me renueva y «[mi] humanidad renovada da forma a una realidad social nueva»⁵⁴: genera un pueblo distinto, una compañía distinta.

Sin vivir nuestra humanidad es imposible reconocer a Cristo. Por eso me encanta el comienzo de *Los orígenes de la pretensión cristiana*, en donde don Giussani vuelve a decir por qué es decisiva nuestra humanidad para reconocer a Cristo, pues sin ella no puede darse el reconocimiento. «Para afrontar el tema de la hipótesis de una revelación y de la revelación cristiana, no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre»⁵⁵. A la hora de afrontar la cuestión de si el Misterio ha entrado en la historia y es verdaderamente un compañero, de si ha sucedido verdaderamente una novedad, y no las cosas que habitualmente cambian –la verdadera novedad no es lo que podemos hacer nosotros, sino que el Misterio que nos hace haya entrado en la historia–, «no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre», nada hay más importante que la inmensidad de la pregunta, nada: ni la energía, ni la capacidad de coherencia, ni la capacidad de sacrificio.

¿Por qué no hay nada más importante que esto? Escribe don Giussani: «No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy “yo”»⁵⁶. Lo que me hace comprender esa novedad que entra en el mundo, lo que me permite captarla, es mi humanidad que vibra ante ella. De otra forma no sería posible darse cuenta –don Giussani añade un adverbio– «plenamente». Uno puede destacar algo, puede decir «Jesús», pero no puede darse cuenta plenamente de qué quiere decir Jesucristo. No es necesario hacer no se qué estudios de teología o de filosofía para llegar a reconocer a Cristo. Es facilísimo. El Señor no hace las cosas complicadas: nos ha dado un corazón, nos ha dado una humanidad, ha despertado en nosotros una pregunta, para que pudiéramos sorprender en un instante cómo Cristo corresponde a ella. ¡Es fácil! Nadie puede decir que el cristianismo sea complicado. Sería como decir que enamorarse es complicado. Pero uno que dice esto no sabe de qué está hablando.

No sería posible darse cuenta verdaderamente de lo que quiere decir Jesucristo, si antes no se diese uno cuenta de la amplitud de la pregunta que hace del hombre un hombre. ¿Qué es lo que nos hace hombres? ¿Qué es lo que nos hace distintos de los perros? La inmensidad de la pregunta. ¿Por qué no hay nada tan decisivo como esto? Porque Cristo «se presenta como respuesta a lo que soy “yo”». Él se presenta ante nosotros como la respuesta a lo que soy yo, a esta exigencia de plenitud, a la inmensidad de mi pregunta. Por eso, continúa don Giussani, «sólo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo»⁵⁷. Aquello que puede abrirme es darme cuenta verdaderamente de lo que soy. Por eso os decía: mirad con atención la verdadera dimensión de vuestra pregunta. La toma de conciencia tierna y apasionada, además de atenta, de uno mismo, es el abrazo al yo en su totalidad: no es un discurso abstracto, para intelectuales de universidad. Ahora bien, sólo aquel que vive esta toma de conciencia atenta, tierna y apasionada de sí mismo puede reconocer el alcance de Cristo (respuesta a la inmensidad de la propia pregunta), puede disponerse a «reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo». Uno que vive así está lleno de asombro, está tan tocado por el encuentro con Él que ya no puede olvidarlo: «Nunca hemos visto una cosa igual»⁵⁸. Aquel que se encuentra con el cristianismo tiene una experiencia como la que cuenta el Evangelio. Si no es así, habrá podido oír hablar de Cristo, llevará a cabo ciertas actividades inspirándose en Cristo, discutirá sobre Cristo, pero no ha encontrado el cristianismo. Sólo lo ha encontrado uno que puede decir: «Nunca he visto una cosa igual». Por eso está agradecido apenas abre los ojos por la mañana, está agradecido porque está Él, la vida es distinta porque Él está, igual que tú estás agradecida cuando abres los ojos por la mañana porque existe tu chico, porque existe; estás agradecida no porque haga algo, sino porque existe.

Sin esta conciencia tierna y apasionada de mí mismo, de mi humanidad, de mi exigencia, de la inmensidad de mi pregunta, sin una experiencia de la humanidad como esta, «incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre»⁵⁹. Podemos seguir diciendo «Cristo», pero como puro nombre. Y os aseguro que esto dejará de interesaros con el tiempo. Como dice el Papa, no habrá fidelidad, es decir, no os interesará Cristo, si no existe en vuestro corazón una pregunta para la cual sólo Cristo es la respuesta⁶⁰: se convertirá en un puro nombre.

Me escribe Giovanni: «Quería darte las gracias, porque este año ha sido fundamental para mí la relación contigo, escucharte y tratar de identificarme con tu modo de entrar en la realidad, como decías hoy. El reclamo a la religiosidad que nos hiciste en el equipo me ha hecho redescubrir el valor del corazón [es decir, la inmensidad de la pregunta], además del valor de la realidad; ha cambiado mi vida [esta es la promesa que lleva dentro], no porque la vida haya cambiado, sino porque he empezado a reconocer Su presencia en las cosas que me suceden, en los hechos». Sólo quien tiene esta humanidad puede sorprender Su presencia en la realidad. Nosotros no somos visionarios. La dificultad que tenemos para reconocer Su presencia depende de esto. «He empezado a reconocer en las cosas que me suceden, en los hechos, la presencia de Aquel que me ama y que quiere guiar mi vida al destino, Él, al que nosotros, en todas las circunstancias, debemos confiarnos. Y esta Presencia (que siempre ha estado) [lo dice entre paréntesis: siempre ha estado, es una Presencia que no creamos nosotros] me da esperanza y entusiasmo. Me gustaría darte un abrazo [esto es lo que nos hace amigos; yo no le conozco, no sé quién es, pero somos amigos] porque eres para mí un compañero concreto, un testigo que me ayuda a reconocer en mi vida la presencia de Cristo».

Lo mismo me escribe Rosaria. «En este periodo me estoy sorprendiendo de la verdad que encierran las palabras sobre el encuentro que Giussani dice en *El camino a la verdad es una experiencia*. Para mí el encuentro con Cristo coincide con el encuentro con el movimiento, esa parte de la Iglesia con la que Él ha querido alcanzarme». Cita después el manifiesto de comienzo de curso de los universitarios: «La vida está marcada por los encuentros. La persona de cada uno florece y puede ser plenamente ella misma sólo en un encuentro que solicite y valore hasta el fondo lo que somos, que nos lance a la realidad como protagonistas: algo tan imprevisto y sorprendente como real». Si no fuese real, ni siquiera se te ocurriría que pudiera suceder. Hasta el punto de que normalmente, después de dos mil años de cristianismo, pensamos que los Evangelios exageran: «¡No es posible que esto suceda!». Figuraos que los evangelistas se lo hubieran inventado: no habrían podido imaginar nada igual. «A mí me pasó esto hace siete años: fue algo imprevisto y sorprendente. Una humanidad jamás vista antes [nunca había visto una cosa igual: cuando el cristianismo sucede es siempre así, ahora como hace dos mil años]: personas que vivían de forma distinta, deseable; la

universidad no era un paréntesis en su vida, sino que era su casa, nada de la realidad les resultaba indiferente, ni siquiera yo, es más, para ellos yo era más importante que para mí misma». Nuestra amiga empezó a darse cuenta de cuál era la diferencia que tenía delante; empezó a darse cuenta de que su persona era más importante para ellos que para sí misma. «Me quedé deslumbrada, aunque necesité algo de tiempo para darme cuenta. Cuanto más iba con ellos, más contenta estaba. En estos años ha crecido el gusto, la amistad, la experiencia y la plenitud en mi vida». Esta es la diferencia entre el cristianismo y cualquier otra cosa: además de tener que decir: «Nunca hemos visto una cosa igual», constatamos que es algo que crece con los años, que crece como gusto y como amistad. No es que nos volvamos más piadosos, no os confundáis: es como un río en crecida. «Cosa que, después de siete años, me impresiona y me conmueve porque es así todavía. Es como el primer día que les conocí. Además está la conciencia de que esta es la compañía de Cristo a mi vida». Y cita la Escuela de comunidad: «“La comunidad de la Iglesia es, pues, el rostro que la realidad de Cristo asume en nuestra vida”. Si esto no fuera así, no sería posible nuestro estar juntos». Esto se llama contemporaneidad de Cristo. No es un pensamiento, es la experiencia que uno tiene. ¿Por qué es Cristo y no cualquier otra cosa? Porque todo lo demás decae, con el tiempo deja de interesarnos. La comunidad no la creamos nosotros, no es el resultado de nuestra organización o de nuestra educación. «Releyendo en estos días los encuentros de Jesús, me ha impresionado ver cómo describían mi propio encuentro. “Estamos llamados a adherirnos y participar en una realidad objetiva que nos llega de fuera de nosotros, en una comunidad objetiva”. Es una realidad fuera de nosotros la que ha salido a nuestro encuentro. Lo que nos toca ahora a nosotros es la pregunta de Juan y de Andrés –«¿Dónde vives?»– y nuestro sí a Su propuesta: “Venid y lo veréis”⁶¹».

Y sigue nuestro amigo –mirad qué conciencia–: «Nosotros no somos capaces de hacer durar el encuentro». Si queréis auto venceros de que podéis hacerlo, intentadlo. Verificad cada imagen que os viene a la mente, miradla de frente, pues si no os quedáis siempre con la impresión de que tal vez es como vosotros decís. Tratad de ver cómo están las cosas. «Nosotros no somos capaces de hacer durar el encuentro y de hacerlo siempre nuevo. Sucede». De eso se ocupa Él y punto. «Sin embargo nosotros tenemos que desearlo y pedirlo. Esto es lo más bonito que me está sucediendo

en esta época: decir yo dentro de este camino, ser más yo misma gracias a este camino, en definitiva, ser protagonista de mi vida supone una vida llena de intensidad. Y es impresionante, porque ha sucedido con la tesis, a la hora de tomarme en serio el deseo de dar clase, en la relación con mis amigos, con mi familia, en la asociación de universitarios, en todo. Nunca hubiera pensado poder vivir este momento, el final de la universidad, sin miedo a perder algo, es más, contenta, deseosa de descubrir qué me reserva cada día, con la certeza de que lo más bonito está aún por venir, y de que Aquel que me ha aferrado es para toda la vida».

Esta chica ha comprendido: no está espantada ante lo que pueda suceder ahora que termina la universidad, como si lo que ha encontrado fuese Alguien que mañana desaparece, se esfuma. No, es Jesucristo, vivo y resucitado. ¿Comprendéis lo que hemos encontrado? «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». No hay que asustarse. Pero, ¿quién es el que no se asusta? No el que ha escuchado la frase bíblica sin más, [sino] aquel que ha tenido la experiencia de qué es Cristo. Todos conocemos la frase del Evangelio, pero todos nos asustamos cuando cambian las circunstancias. No basta la frase del Evangelio: hace falta una experiencia que nos haga estar ciertos. ¿Cuál es el test de que estamos ciertos? Que no tenemos miedo.

«Quiero descubrir qué me reserva cada día, con la certeza de que lo más bonito está aún por venir [esta es de mi Club, del de “lo mejor está por venir”] y de que Aquel que me ha aferrado es para toda la vida. En definitiva, como dice la Escuela de comunidad, “el encuentro con la palabra y la potencia de Dios es siempre, para el hombre, el encuentro con Algo que le revela a sí mismo, le potencia y le valora”. Lo más decisivo para mí es que el encuentro que he tenido se repita hoy, no basta con el de ayer». Esta persona, esta chica, no podrá contentarse con la organización, con las cosas que hay que hacer, no podrá decir: «Ha sucedido algo grande, pero después...». Aquí no existe el «pero después». Esta es una señal inconfundible. «Ha sucedido, pero después...»: no, no existe el «pero después», porque el encuentro ha sido el método desde el primer día hasta hoy, y ella no quiere otra cosa, no se contenta con otra cosa: «No basta con el de ayer». «Esto lo siento como algo decisivo también para mis amigos, para los que acabo de conocer y para los de siempre. En este periodo constituyen un testimonio para mi aquellos que están viviendo el encuentro hoy, aquellos que se están implicando con el encuentro hoy». Amigos, es decir, testigos.

No os preocupéis si decaemos muchas veces, si nos equivocamos: Él nos acompaña, ¡volvamos a partir constantemente desde Él!, empezamos de nuevo desde Él, porque todos somos hijos del «sí» de Pedro. Es como si en el momento en que uno se pierde, se echa para atrás, se equivoca, Jesús volviese a preguntarle siempre: «Pero tú, ¿me amas?»⁶².

- ¹ C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2004, p. 322.
- ² *Jn* 1, 38.
- ³ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 11.
- ⁴ *Ivi*.
- ⁵ C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, o. c. p. 322.
- ⁶ Cf. *Is* 45, 8.
- ⁷ *Ap* 22, 20.
- ⁸ *Jn* 1, 36-38.
- ⁹ A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, o. c., p. 357.
- ¹⁰ A. y G. Roscio, A. y G. Agape, «Noi non sappiamo chi era», en *Cancionero*, o. c. p. 380.
- ¹¹ G. Pascoli, «El ciego», en L. Giussani, *Mis lecturas*, Encuentro, Madrid 1997, p. 43-44.
- ¹² L. Giussani, *Mis lecturas*, o. c., p. 45.
- ¹³ G. Pascoli, «Los dos huérfanos», en L. Giussani, *Mis lecturas*, o. c., p. 45-46.
- ¹⁴ L. Giussani, *Mis lecturas*, o. c., p. 46.
- ¹⁵ M. Zambrano, «La actitud ante la realidad», p. 5, en *Huellas-Litterae communionis*, n. 7, julio/agosto 2007, inserto.
- ¹⁶ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 50.
- ¹⁷ G. Leopardi, «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», en *Mis lecturas*, o. c., pp. 17-18.
- ¹⁸ Benedicto XVI, *Homilía de la Santa Misa por el 850 aniversario de la fundación del Santuario de Marizell*, 8 de septiembre de 2007.
- ¹⁹ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, o. c., p. 51.
- ²⁰ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, pp. 117-118.
- ²¹ Cf. L. Giussani, *Mis lecturas*, o. c., p. 45.
- ²² L. Giussani, *El sentido religioso*, o. c., p. 55.
- ²³ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 14.
- ²⁴ *Mt* 15, 29.
- ²⁵ *Mt* 15, 32.
- ²⁶ *Mc* 10, 1 y 10, 13.
- ²⁷ Cf. *Mc* 10, 13-21.
- ²⁸ Cf. *Mc* 10, 32-37.
- ²⁹ *Mc* 10, 46-49.
- ³⁰ *Mc* 10, 49-52.
- ³¹ L. Giussani, *Un avvenimento di vita cioè una storia*, EDIT-Il Sabato, Roma 1993, p. 228-229.
- ³² L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 103.
- ³³ Cf. A. Tarkovskij, *Andréj Rublèv*, Ganzanti, Milano 1992, p. 74.
- ³⁴ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, o. c., p. 103.
- ³⁵ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 112.

- ³⁶ *Ibidem*, p. 113.
- ³⁷ Cf. *Sal* 8, 5.
- ³⁸ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, o. c., p. 465-466.
- ³⁹ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 11.
- ⁴⁰ L. Giussani, *Mis lecturas*, o. c., p. 55.
- ⁴¹ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, o. c., p. 102.
- ⁴² L. Giussani, «Viterbo 1977», citado en *Educación: la comunión de sí mismo, es decir, del modo en que uno se relaciona con la realidad*, Cuaderno adjunto a *Huellas* n.10, noviembre 2007, p. 13.
- ⁴³ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, o. c., p. 115.
- ⁴⁴ Carta firmada, *Huellas-Litterae communionis*, n. 11, diciembre 2007, pp. 8-9.
- ⁴⁵ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 7.
- ⁴⁶ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 23.
- ⁴⁷ L. Giussani, «Viterbo 1977», en *Il rischio educativo*, o. c., p. 64.
- ⁴⁸ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.
- ⁴⁹ Juan Pablo II, *Homilía en la Catedral Metropolitana de Ciudad de Méjico*, 26 de enero de 1979.
- ⁵⁰ L. Giussani, «Nota per la seconda edizione», en C. Martindale, *Santi*, Jaca Book, Milano 1992, p. 27.
- ⁵¹ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 45.
- ⁵² L. Giussani, «Nota per la seconda edizione», en C. Martindale, *Santi*, o. c., p. 27.
- ⁵³ *Ivi*.
- ⁵⁴ *Ivi*.
- ⁵⁵ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, o. c., p. 9.
- ⁵⁶ *Ivi*.
- ⁵⁷ *Ivi*.
- ⁵⁸ *Mc* 2, 12.
- ⁵⁹ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, o. c., p. 9.
- ⁶⁰ Cf. Juan Pablo II, *Homilía en la Catedral Metropolitana de Ciudad de Méjico*, 26 de enero de 1979.
- ⁶¹ *Jn* 1, 38-39.
- ⁶² *Jn* 21, 15ss.